

bastante superficial. De entrada, Oppy se muestra pesimista con respecto al proyecto de intercambiar *argumentos* como los de Pearce. Debido a que, según Oppy, las teorías son previas a los argumentos, por lo general (con la excepción de argumentos destinados a demostrar una inconsistencia interna en una cosmovisión) el resultado será que los defensores de una teoría siempre rechazarán de antemano alguna de las premisas planteadas por sus opositores. Tal es lo que sucede (según él) con los argumentos de Pearce. Adicionalmente, Oppy se queja de que Pearce no haya puesto sobre la mesa *todo* lo que su teísmo afirma (sobre ángeles y demonios, cielo e infierno, la Trinidad, la vida post-mortem, etc.), dando una falsa imagen de simplicidad y dificultando la comparación de cosmovisiones. Todo esto deja en el lector la inquietud por saber cómo se habría desenvuelto la discusión si hubiera habido acuerdo real en la metodología de fondo.

Habiendo dicho esto, el libro ejemplifica un diálogo de primera. La discusión transcurre en un tono elegante y justo y el contenido es profundo, en ciertos momentos novedoso y en su totalidad de rigor. Los autores procuran expresar sus ideas con claridad y sencillez, haciendo el libro atractivo para estudiantes de filosofía o gente interesada en introducirse en este tipo de debates académicos. Ambos autores intercambian concesiones y salen con posturas fortalecidas. En general, estamos ante un libro que ayuda a tomarle el pulso al estado actual de la discusión en filosofía de la religión y promete ser un trampolín para hacerla avanzar en el futuro.

Enric F. Gel. Universidad de Barcelona  
 enricfgel@gmail.com  
 DOI: 10.15581/009.56.1.013

---

RODRÍGUEZ VALLS, FRANCISCO

*¿Qué son las emociones?* Sevilla, Senderos, 2022, 190 pp.

“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo / y más la piedra dura, porque ésta ya no siente, / pues no hay dolor más grande que el dolor de estar vivo / ni mayor pesadumbre que la vida consciente”.

Así arrancaba “Lo fatal”, el célebre poema de Rubén Darío, y así comienza poco más o menos el último libro de Francisco Rodríguez Valls: con la anécdota de una cuestión que se le planteó tras impartir una conferencia en la Universidad de Málaga. “Creo que las emociones son un error de la naturaleza y por eso no quiero tenerlas”, decía alguien en el turno de preguntas, “¿no habría alguna forma de librarse de ellas?”. La interrogación, que dejó al ponente perplejo, puso en marcha los resortes del pensamiento y el resultado son estas ciento ochenta páginas que responden, para empezar, con una impugnación sumarásima: no, las emociones no son un error de la naturaleza del hombre; al contrario, constituyen parte de su condición animal, son inherentes a su corporalidad, y tienen como finalidad última la ayuda a la supervivencia en la medida en que transmiten información relevante sobre el entorno.

¿*Qué son las emociones?* es un libro de alta divulgación que desarrolla su argumento en seis pasos. El primer capítulo define las emociones como un conocimiento preconceptual porque no dependen ni de la facultad intelectual ni de la voluntad (y esa inmediatez, esa rapidez que no necesita pasar por el filtro de la racionalidad consciente, es precisamente lo que permite al sujeto orientarse en ese entorno de modo “automático”, sin la lentitud de las deliberaciones que exige una decisión meditada: de otro modo el guepardo devoraría siempre a la gacela si ésta, carente de emociones, tuviera que sopesar las posibilidades antes de echar a correr). El segundo capítulo traza la diferencia entre emociones y sentimientos, términos a menudo utilizados de forma indistinta en el lenguaje común: mientras las primeras permanecen ajenas a los procesos conscientes, los segundos suponen un “darse cuenta” de lo que se siente y en esa medida establecen una divisoria entre lo animal y lo humano. El tercer capítulo estudia cómo tiene lugar este proceso, de qué modo los impulsos emocionales llegan al sujeto consciente y son pensados por él, operando entonces sobre las emociones en un camino de vuelta que les proporciona una impronta particular. El cuarto explora un tema recurrente en las últimas décadas, incluso fuera del ámbito de los especialistas de la psicología experimental, a saber, la relación entre la llamada inteligencia emocional y la educación de

los sentimientos. El quinto capítulo analiza cómo se desarrollan e integran armónicamente las distintas estructuras que definen al ser humano —sensibilidad, afectividad, inteligencia y voluntad— y se persigue la unidad con vistas al bien de la totalidad, con especial atención a otro apartado sobre el que nuestra cultura ha puesto el acento en los últimos tiempos: la empatía. El sexto capítulo recoge las principales teorías sobre las emociones desde el siglo XIX hasta la fecha.

El discurso de *¿Qué son las emociones?* describe por lo tanto una curva ascendente, desde lo meramente animal (donde la emoción es “infalible” cuando se ajusta a su medio ambiente) hasta lo más exclusivamente humano (donde se requiere el ajuste a la norma explícita y consciente, como sabe cualquier adulto que se haya sometido a una dieta); desde la “naturalidad” y “universalidad” de la emoción y su darse en la inmediatez hasta la capacidad cultural para transformarla de acuerdo con los intereses colectivos e individuales (lo que supone en ocasiones una pugna entre las predilecciones del individuo y las expectativas de la colectividad). Con una advertencia: que, en las sociedades complejas, como lo es la nuestra, el orden social se haya tan férreamente estructurado que concede escaso espacio a la realización de acuerdo con criterios propios. “En Occidente”, observa Rodríguez Valls, “la exigencia es tal que anula cualquier subjetividad, convirtiéndola en una pieza del sistema. Solo admite la creatividad en la medida en que puede ser asimilada por el sistema social” (57-58). Un subtema que, me parece, desde el punto de vista de la cultura y la comunicación abre perspectivas muy relevantes para el estudio, máxime en un mundo que gracias a la tecnología transmite emociones y sentimientos a gran velocidad (pero los codifica —véanse los emoticones— y deglute con una velocidad no menor, allanándolo todo en la retórica de lo previsible, esto es, en una falsa comunicación).

La propuesta del autor, regresar al humanismo en estos tiempos en que proliferan las propuestas transhumanistas, supone una apuesta por recuperar la conciencia de la finitud y poner el acento en el cuidado que exige esa fragilidad. También, contra los dualismos herederos de la doble sustancia del cartesianismo, supone un énfasis

en la unidad orgánica entre cuerpo y mente, en el hecho de que “el todo adquiere una prioridad última”, dicho con el feliz oxímoron de Rodríguez Valls. Y, por fin, contiene un recordatorio de que la mente que modula las emociones y las “humaniza” no es ajena a ese cuerpo —si quieres ver el alma, mira el cuerpo, decía Wittgenstein— y por consiguiente no hay hiatos en el paso del automatismo a la formación consciente de la afectividad. “Saber vivir como humano obedece a la diplomacia de saber dar a cada parte lo suyo”, sería una de las conclusiones prácticas de este libro de prosa legible y diáfana, liberada de las cautividades académicas y los lastres de la erudición. Un gobierno político, no despótico, que desde ámbitos como la educación y la comunicación es urgente recuperar para devolver al hombre la confianza y la responsabilidad que hace tiempo empezamos a delegar en la suplencia inanimada de las máquinas.

Gabriel Insausti. Universidad de Navarra

ginsausti@unav.es

DOI: 10.15581/009.56.1.014

---

SÁNCHEZ LEÓN, ALBERTO

*Leonardo Polo en diálogo. Ratzinger, Scheler, Husserl, Nietzsche, Pfänder y otros...*, Colección Astrolabio, EUNSA, Pamplona, 2021, 166 pp.

Con este libro el autor pretende “presentar el pensamiento de Polo en relación y diálogo con otros pensadores de la talla de Ratzinger, Scheler, Nietzsche, Husserl y Pfänder” (p. 12).

Siendo Leonardo Polo un pensador revolucionario, y a la vez, conservador, discípulo rebelde de Tomás de Aquino, como él mismo se definía, el autor de la obra presenta en el transcurso del libro los ejes centrales de su pensamiento en discusión y diálogo con otros autores.

Es muy de agradecer que para explicar la compleja filosofía de Polo el autor haya planteado esta metodología del diálogo. Para los que nos acercamos al pensamiento de Polo —digamos, desde lejos— resulta más clarificante que la maraña de frases complejas que otros